



Comentario bibliográfico

Mastrángelo, Mariana: *Rojos en la Córdoba obrera 1930-1943*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2011.

Rebeca Camaño

CIH-UNRC/CEA-UNC/CONICET

rca_arg@hotmail.com

Formulado recién en las conclusiones, el objetivo de Mastrángelo en *Rojos en la Córdoba obrera* es cuestionar aquellos trabajos que caracterizan como débil al movimiento obrero cordobés de la década del treinta, debido al poco desarrollo industrial, el bajo índice de urbanización y los procesos migratorios prácticamente nulos.¹ Por el contrario, la autora sostiene que tanto Córdoba capital como las ciudades de San Francisco y Río Cuarto presentaron un temprano desarrollo industrial que habría contribuido a conformar una cultura obrera receptiva a prácticas políticas y culturales de impronta izquierdista. Considera que ésta databa de principios del siglo XX, constituida fundamentalmente a partir de la tradición que traían los inmigrantes y de la experiencia que adquirieron los trabajadores de las tres ciudades a través de la lucha reivindicativa de sus derechos laborales. Esta cultura se habría manifestado en organismos sociales, culturales, publicaciones y prácticas que se articulaban en expresiones políticas comunales.

En el primer capítulo, “Estructura económica y social de la provincia de Córdoba y el

¹ Tcach, César: *Sabattinismo y peronismo. Los partidos políticos en Córdoba (1943-1955)*, Buenos Aires, Biblos, 2006.

surgimiento del movimiento obrero cordobés (1880-1930)”, se propone analizar el proceso de industrialización en la provincia, principalmente en la ciudad capital y en los departamentos de Río Cuarto y San Justo, con el objetivo de recuperar la experiencia de la clase trabajadora de la ciudad de Córdoba, por considerar que fue pionera en el desarrollo y consolidación del movimiento obrero de la provincia. No obstante, el abordaje del proceso de industrialización está centrado fundamentalmente en la ciudad de Córdoba, descuidando el análisis del interior. No es de extrañar si se tiene en cuenta que si la primera tuvo un escaso desarrollo fabril, fundamentalmente vinculado a las actividades agropecuarias (frigoríficos, molinos harineros, producción de tanino y cueros), las ciudades del interior vieron aún más restringidas sus posibilidades de crecimiento industrial, fundamentalmente por el déficit energético. Con respecto al movimiento obrero, consideramos endeble la vinculación establecida entre la experiencia capitalina y su desarrollo a nivel provincial, pues el análisis de este último, lejos de considerar los desarrollos urbanos, vinculados a la supuesta industrialización de las cabeceras departamentales, se halla centrado en reivindicaciones de los trabajadores rurales.

En vinculación con esto, encontramos al menos dos contradicciones en la argumentación. En primer lugar, nos resulta lábil la comprobación del desarrollo industrial en la provincia, pues la misma autora caracteriza a este período por la escasez de inversión de capitales, plantas dedicadas principalmente a la producción de alimentos que requerían sencillos procesos técnicos y mano de obra no calificada, asimilándose más a un tipo de producción artesanal que a lo propiamente industrial (p. 41). En segundo lugar, como ya hemos establecido, una de sus hipótesis centrales es que la tradición traída por los inmigrantes habría contribuido a conformar tempranamente una cultura obrera izquierdista. Sin embargo, la misma autora afirma que, de acuerdo con los datos censales, hasta 1914 el aporte inmigratorio a la mano de obra fabril era mínimo, pues hasta un 70% de la misma estaba integrada por nativos, concentrándose el grueso de los inmigrantes en las zonas rurales de la provincia, donde era mayor la demanda de mano de obra. Además, fueron criollos y no inmigrantes quienes organizaron por oficios sus sociedades de socorros mutuos, mientras que en las de éstos predominaba el origen común e incluían a profesionales, comerciantes, industriales, artesanos y asalariados (p. 47).

En su segundo capítulo, “La década del treinta: hacia la consolidación del movimiento

obrero cordobés”, Mastrángelo busca profundizar en el proceso de industrialización durante la década del treinta, teniendo en cuenta los cambios producidos en el rol del Estado como consecuencia de la crisis económica mundial y la consolidación de la experiencia obrera a través de la lucha. Destaca, en consecuencia, que la caída de los precios agropecuarios, la devaluación y el aumento de los derechos de importación favorecieron a las industrias que elaboraban materias primas nacionales, por lo que el proceso de sustitución de importaciones benefició principalmente a la producción de alimentos, bebidas y textiles. El crecimiento industrial de la provincia que, de acuerdo a datos censales, pasó de tener 3.000 establecimientos en 1935 a 8.146 en 1946, estuvo concentrado en el departamento Capital, especialmente en la ciudad de Córdoba, donde se aglutinaba también la mayor cantidad de mano de obra empleada. La autora, que también destaca el crecimiento de la actividad industrial de ciudades como San Francisco y Río Cuarto, cuestiona los números brindados por los censos, considerando que son menores a los por ella reconstruidos a partir de la prensa de época y entrevistas realizadas durante la investigación. También considera importante el desplazamiento poblacional de las zonas rurales hacia las ciudades, producto del desarrollo industrial de las mismas. El flujo migratorio se habría concentrado, así, en la capital provincial y en las cabeceras de aquellos departamentos con mayor crecimiento: General San Martín, Río Cuarto y San Justo.

Sin negar los procesos migratorios en el interior de la provincia, como tampoco cierto crecimiento industrial, cabe recordar que el IV Censo Nacional, efectuado en 1947, arrojaba para Córdoba una población rural del 70%, mientras que solo el 30% restante habitaba en las ciudades, por lo que consideramos que debe relativizarse la importancia dada por la autora al proceso de urbanización como consecuencia del crecimiento industrial de la provincia, considerando que el mismo es bajo hasta bien entrada la década del cincuenta y, aún entonces, concentrado en la ciudad de Córdoba.² Con respecto a los cuestionamientos planteados por la autora sobre los números brindados por los censos, consideramos que éstos continúan siendo la fuente más fiable para la reconstrucción de procesos estructurales como son los flujos migratorios y el crecimiento industrial, por sobre las entrevistas o la prensa de época.

2 Ver Bischoff, Efraín: *Historia de Córdoba*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1979 y Tcach, César, 2006.

En relación con los cambios en el rol desempeñado por el Estado, la autora retoma los estudios realizados por Marta Philp para el caso cordobés, fundamentalmente en lo que respecta al desarrollo institucional en el área social experimentado por la provincia en torno al Departamento Provincial del Trabajo y al Consejo Provincial de Higiene. Pasando prácticamente por alto a este último, del primero Mastrángelo rescata las actividades desplegadas para incrementar el empleo, la planificación de un censo industrial y de obreros desempleados de la provincia, el aumento salarial, el control y cumplimiento de las leyes obreras, así como la mediación en conflictos obrero-patronales y la búsqueda del reconocimiento de las entidades gremiales y la institucionalización del derecho de huelga (p.98). Encuentra así, un sustento para su postulado de una continuidad en la intervención estatal en el ámbito social entre el peronismo y las experiencias previas ensayadas en los años treinta.

Precisamente en esa década sitúa el momento de mayor apogeo del Partido Comunista en la provincia, cumpliendo un importante papel en el fortalecimiento del movimiento obrero a través de la dirección de la Unión Obrera Provincial. Específicamente en el año 1936 se impulsaría el Comité Pro Unidad Obrera encargado de orientar y dirigir a la masa trabajadora de la provincia, al que adherirían 63 sindicatos de 28 localidades de Córdoba. Esta creación es atribuida a una nueva estrategia del Partido Comunista a nivel nacional en pos de la incorporación de todos los gremios a la CGT, proceso que culminaría con la división de ésta en CGT Independencia y CGT Catamarca, compartiendo con los socialistas la dirección de la primera, ratificando así en el plano sindical la tendencia frentepopulista abierta ese año por la Internacional Comunista (pp. 110-111). A continuación, la autora se centra en los conflictos obreros suscitados en la segunda mitad de la década, encontrando que presentaban características similares a los reclamos de los años veinte: aumento de salario, disminución de la jornada laboral y reconocimiento del sindicato, a través de la presentación de pliegos de condiciones que, si no eran escuchados por la patronal, derivaban en una huelga (p. 115). Nuevamente aquí encontramos un fuerte predominio de los reclamos de trabajadores rurales, por sobre los obreros en sentido estricto, lo que resulta lógico si se tiene en cuenta el predominio de las actividades agropecuarias por sobre las industriales, así como de la población rural con respecto a la urbana.

En los dos capítulos siguientes, Mastrángelo se centra en el estudio de las ciudades de San

Francisco y Río Cuarto, respectivamente. En ambos casos, caracteriza a las sociedades como una “amalgama de gente”, dado el afluente inmigratorio que las habría caracterizado, aunque cuando profundiza en el desarrollo histórico de la segunda ciudad, reconoce que menos del 20% de su población era de origen extranjero hacia la segunda década del siglo XX. También encuentra en las dos ciudades un temprano desarrollo industrial que permitiría explicar la conformación de una clase obrera receptiva a prácticas políticas y culturales de impronta izquierdista. Para comprobarlo, analiza la huelga de 1929 y las intenciones de Serafín Trigueros de Godoy para el caso sanfranciscuense y la huelga de 1936 para el riocuartense. Respecto a la primera, la autora rescata cómo, partiendo de un reclamo salarial y de reducción de la jornada laboral en la fábrica Miretti, pronto la huelga se expandió a otras empresas como los Molinos Boero y la fideera Tampieri y se le agregó el reclamo de reconocimiento del sindicato por parte de la patronal. Surgiría así el Sindicato de Oficios Varios, en cuya organización desempeñaría un rol clave el Partido Comunista (pp. 131-148). Éste también habría resultado determinante en la organización de la huelga de empleados de la construcción llevada a cabo en Río Cuarto en 1936, a través de la Federación Obrera Local, bajo su dirección. Con demandas similares a los de sus pares sanfranciscuenses, esta huelga serviría de disparador para los reclamos de otros sectores, como los estibadores y los molineros riocuartenses. Finalmente, intervención del Departamento Provincial del Trabajo mediante, el conflicto se solucionó a favor de los huelguistas, representando así un triunfo no solo para el Partido Comunista, sino para la organización del movimiento obrero en el departamento, pues además de quedar constituido el Sindicato Único de la Construcción de Río Cuarto, la Federación Obrera Local pasó a llamarse Federación Obrera Departamental de los Trabajadores de Río Cuarto, con la incorporación de nuevos gremios de la ciudad y las zonas rurales y la adhesión a la CGT (pp. 182-195).

Con respecto a las intenciones de Trigueros de Godoy en San Francisco, la autora considera que la temprana industrialización de la ciudad simultáneamente permitiría explicar tanto su fuerza, por el apoyo suscitado en las clases trabajadoras, como la oposición generada en la burguesía local. Halla las razones de esto en las políticas implementadas que, haciendo hincapié en los sectores obreros y pobres, daban prioridad a la generación de empleo, la educación pública y la asistencia médica popular. Si bien estos argumentos resultan convincentes, no sucede lo

mismo con la caracterización que Mastrángelo hace de esta intendencia como izquierdista. Sin soslayar el tinte obrerista de las medidas implementadas, cabe preguntarse hasta qué punto puede reconocerse una identidad de izquierda cuando en los mismos testimonios presentados por la autora se relativiza dicha aseveración (p. 150) y se cuestiona por qué el dirigente no se identificaba con ninguno de los dos partidos de izquierda más importantes del período, el Socialista y el Comunista. También se suscitan dudas con respecto a la caracterización de una cultura obrera de izquierda en San Francisco y Río Cuarto, pues la misma Mastrángelo asevera que se trataba más de “estructuras de sentimientos”, “comportamientos correctos” o “sentido común” que de alineamientos ideológicos o políticos (p. 159).

Esto se acentúa en el último capítulo, “Cultura obrera izquierdista”, donde la autora remarca que a uno de los dirigentes de la huelga de 1929 “no se lo recuerda como combativo ni revolucionario, sino como una persona de confianza que las ayudó a organizarse” y ella misma caracteriza a la cultura obrera, más que por su grado de politización, por ser una estructura de sentimientos que daría cuenta de lo que los obreros entendían como “comportamiento correcto” (p. 229). Aumenta, asimismo, la reticencia a aceptar la radicalización propuesta por la autora al analizar las memorias de militantes comunistas y entrevistas a las que recurre para reconstruir la experiencia de los trabajadores cordobeses. Si ella encuentra que la experiencia compartida con sus familias en las ciudades y pueblos del interior cordobés determinó que sus prácticas políticas y culturales contuvieran componentes izquierdistas, que se manifestaban en una tradición radicalizada, la cita que elige para ejemplificarlo dista de ser convincente: “El padre de Manzanelli había sido puestero de una estancia cercana a la ciudad de Córdoba, el autor recordaba que ‘su padre luchó como un león para alimentarnos y para que adquiriéramos un *mínimum* de instrucción escolar. Nos educó con el ejemplo vivo de su alta moral, de su conducta intachable” (p. 216). Consideramos que este enaltecimiento del trabajo, la educación, la moral y el ejemplo de su padre, lejos de, tal como plantea Mastrángelo, dejar en claro una tradición radical, más bien muestra una adhesión a valores burgueses.

Hacia el final de este capítulo y en las conclusiones, que titula “La izquierda y el enigma peronista”, Mastrángelo se centra en la relación de los obreros cordobeses con el peronismo, cuestionando, como ya hemos establecido, aquellas posturas que relativizan el peso de estos

sectores en los orígenes de dicho movimiento político. Contrariamente a sus consideraciones, estimamos endebles sus intentos por demostrar tanto la fuerte presencia del movimiento obrero cordobés, como la impronta de una cultura izquierdista y radicalizada. Nuestro disenso se sustenta tanto en otras investigaciones³ como en las contradicciones que encontramos en la propia argumentación de la autora. Así, para hablar de la experiencia que fueron gestando los obreros cordobeses a partir de la lucha reivindicativa y sindical entre la década de 1910 y la llegada del peronismo, cita un pasaje de un informe elevado por los obreros gráficos de Río Cuarto en 1938 en el que se destaca que

los compañeros gráficos de Río Cuarto, en su conjunto, han mostrado indiferencia a agruparse en el seno de la organización gremial (...) a excepción de los afiliados al sindicato, los demás han acusado el abandono y el desinterés por las cuestiones de la vida de la sociedad y nunca ha sido posible contar con ellos para cargos en el seno del sindicato, ni tan siquiera con su presencia en las asambleas. Siempre los mismos compañeros al frente y siempre la misma desesperanza de no ver surgir nuevos valores (pp. 242-243).

Pese a su extensión, consideramos necesaria la reproducción de esta cita, pues si la misma autora reconoce que el proceso de politización de los obreros cordobeses fue paulatino y llevó décadas, queda claro que para 1938 no estaba para nada consolidado.

En suma, valoramos aquellos trabajos que intentan lograr una articulación entre los procesos que tienen lugar en espacios locales/regionales con los de carácter macrohistórico en pos de brindar una mirada más compleja de los mismos, especialmente en relación al movimiento obrero cordobés de la primera mitad del siglo XX. No obstante, consideramos que tendrían que estar basados en un estudio profundo de las fuentes históricas, las que deben abonar al sustento empírico de la investigación y ser analizadas a partir de argumentos sólidos, sin soslayar los aportes realizados por la historiografía existente y apuntando a una complementación de miradas que permita lecturas menos sesgadas de los fenómenos de los que se pretende dar cuenta.

3 Además de los ya citados trabajos de Bischoff y Tcach, cabe mencionar De Imaz, José Luis: *Estructura social de una ciudad pampeana*, La Plata, Instituto de Filosofía y Pensamiento Argentino, 1965.